



La limitación de armamentos entre la Unión Soviética y los Estados Unidos no tiene por qué traer ninguna forma nueva de paz al mundo.

Alemania del Este alguno tratados —el mismo día en que se firmaba en Moscú el de limitación de armamentos, las dos Alemanias firmaban el acuerdo de tránsito— y está ahora dispuesta a presentarse en la conferencia de seguridad europea que probablemente se celebre en 1973, y cuyos preparativos probablemente se van a acelerar en una especie de foro abierto, de conferencia permanente, que va a funcionar durante este año en Estocolmo. La visita de Nixon a Moscú debe conducir ya sin limitaciones a todo ello. Y lo que ahora se está preparando en Luxemburgo es la posibilidad de que la Europa de los Diez, la Europa del Mercado Común, se presente a esa conferencia como un solo bloque.

Lo que supone esa decisión es, sobre todo, que la Europa de los Diez va a exceder de sus funciones puramente económicas, de mercado, para presentarse como una entidad política. Es importante, porque destruye los alegatos de quienes mantienen que el Mercado Común no tiene intereses en la morfología política de sus miembros, y sí los tiene. Aquí, en España, se suele argumentar mucho en bastantes sectores acerca de ese tema. Son sectores conservadores, poco móviles. Viven aún en la relativa seguridad que les proporcionó la guerra fría, como ocurre con la democracia cristiana alemana —la española parece tener opiniones muy distintas, mucho más abiertas— y, simplemente, no creen en un movimiento que se viene acentuando desde hace esos diez años antes señalados. La guerra fría ahora se vende mal. Tuvo un buen mercado en los años cincuenta, y aún en los sesenta, pero empieza a ser mal negocio. Otros muchos sectores se han dado cuenta de todo ello y, aunque en otros momentos hayan tenido otras posiciones, se adaptan mejor a la coyuntura de ahora. Sería interesante que si España se ha de adaptar a la morfología que su estancia en el mundo europeo requiere esto sucediese sin las contracciones internas y las crisis que han afectado a Estados Unidos, a Alemania Occidental o a Italia. Quizá la forma más aceptable sería la de considerar su propia morfología política no tanto por las presiones que Europa pueda ejercer en su afán de institucionalizar el continente sobre la base del sufragio universal —no olvidemos que en 1945 la guerra la ganaron los partidarios del sufragio universal, y con ánimo de imponerlo en el mundo, y la perdieron sus enemigos; y que la otra opción que ganó la guerra fue la comunista, de forma que en el mundo dominante de hoy no hay más que dos opciones a tomar, o la del sufragio universal en sus muy diversas modalidades, o la comunista, en también muy diversas modalidades—; no modificar la morfología política de España, decíamos, en función de presiones europeas, sino en función de la propia conveniencia y disfrute de derechos y libertades de sus ciudadanos.

CUIDADO CON LA IZQUIERDA

COMIENZA a inquietar el crecimiento de la izquierda. Su última adquisición ha sido la de don José Antonio Girón. La "izquierda nacional", exclamó un espectador del "come back" de Girón en Valladolid, lo cual hace sospechar que debe haber por algún sitio una izquierda extranjera. Ha enriquecido el retablo de la izquierda: el anterior pez gordo había sido don Rafael Calvo Serer. Y algo antes don José María Gil Robles. Hay motivos para asustarse. Hay motivos para salir a la calle y contribuir modestamente a la campaña pictórica de "Rojos, no". ¿Quieren estos jacobinos precipitarnos al "caos nacional", como dice «Diego Ramírez» en "Arriba"? Se lee mucho a "Diego Ramírez", sobre todo porque se sospecha que es "alguien". Hace unas semanas, don Emilio Romero —el mismo señor que creó la frase de la "izquierda nacional"— escribía: "Lo que está claro es que 'Diego Ramírez' o está en el Gobierno o bebe en sus fuentes. El pensamiento oficial en este asunto es lo que dice 'Diego Ramírez'". Ese asunto era ya del régimen de partidos. Ahora "Ya", que reproduce el de "Arriba", insiste en que lo hace "para que nuestros lectores sepan cuáles son las tesis y los argumentos de la línea oficial". Esa tesis y esos argumentos, sean o no oficiales, consisten en explicar que el régimen de partidos está fuera de lugar en casi toda Europa, y que Europa no pide semejante cosa a sus europeos. "El ejemplo de Turquía demuestra hasta qué punto se puede participar en las instituciones paneuropeas sin disponer de una forma demoliberal de gobierno". Y no es Turquía sólo: también es Grecia, "que prefirió el orden y la prosperidad interiores a su presencia en la Asamblea de Estrasburgo". Estos ejemplos de Grecia y de Turquía se oyen citar con abundancia y entusiasmo a la "derecha nacional". Porque también debe haber una derecha extranjera. ¿Será la de algunos ilustres próceres como el conde de Motrico o el marqués de Santa Cruz? Estos señores han sido embajadores en Londres y en París y, quién sabe, quizá se han contaminado. Pasa mucho. Stalin envió a España algunas de las figuras más relevantes de su régimen, y luego tuvo que ejecutarlas: se habían contaminado. Entre la derecha nacional y la derecha no nacional hay una diferencia bastante clara: la de los países que más influyen. Será de la derecha nacional un caballero que admire a Grecia y Turquía; será de la derecha extranjera el que admire a Gran Bretaña y a Francia. La derecha extranjera y la izquierda nacional son más difíciles de distinguir entre sí: hacen falta ojos muy perspicaces para ello. O quizá no haga falta: ¿para qué tanto matiz? Unos y otros son condenables. Para ellos el excelente y útil panorama de "grafitti": "Rojos, no". ■ POZUELO.